

# J.G. Ballard (1930-2009)

Leda Rendón



Existen escritores cuya obra no distingue las fronteras entre la alta cultura y la cultura popular, entre la pesadilla y lo sublime, entre la pertinencia literaria y la legítima exploración de temas aparentemente banales o francamente desdeñados. Tal es el caso del escritor británico Jim Ballard, autor de novelas emblemáticas como *El día de la creación*, *Locura desenfrenada*, *El imperio del sol* y *Crash*.

Ballard es hijo de la segunda mitad del siglo XX. Nacido en Shanghai, hijo de padres ingleses, pasó parte de su infancia en un campo de concentración durante la ocupación japonesa en China. Su novela autobiográfica *El imperio del sol*, que registra esta parte de su vida, fue llevada al cine por Steven Spielberg. Médico de profesión, experto en químicos y nuevas tecnologías,

Ballard, desde sus inicios como novelista, fue desterrado de lo que podríamos llamar la alta literatura, y encasillado como uno más entre los escritores de ciencia-ficción: ese nebuloso mundo de autores de muy diversa calidad, cuya obra circula más cerca de los discos de música *pop*, los *dealers* de cocaína y de ácidos, los pósters de Giger, los juegos de video ultraviolentos, el *software* pornográfico y las películas de efectos especiales. Una atenta lectura de los libros de Ballard nos revela a un autor dueño de un universo propio y de un talento narrativo innegables, digno heredero de Joseph Conrad, H. G. Wells y William Golding.

*Crash*, su novela más conocida, explora de manera visionaria y original el tema de la erotización de la máquina y de la tecnología del deseo. La novela, publicada en 1973, fue llevada al cine por David Cronenberg, uno de los directores más destacados del cine actual. *Crash* es una metáfora atroz acerca del erotismo del automóvil y de las relaciones sadomasoquistas de nuestras máquinas de deseo.

Un grupo de "artistas" realiza puestas en escena en las que se representan las mitológicas muertes automovilísticas de celebridades como Jane Mansfield, James Dean o Albert Camus, mientras que una pareja frígida y desencantada busca reencontrar el placer y el amor entre los hierros humeantes y retorcidos de un auto destrozado después de un accidente. Fetichismo de la prótesis, fantasía de la cicatriz, éxtasis cromado bajo la luz neón. Ballard dijo alguna vez, refiriéndose a *Crash*, que quería escribir "la primera novela pornográfica basada en la tecnología". Y sin duda logró escribir una obra que se adelanta visionariamente a nuestro tiempo y vislumbra la desaparición de

los cuerpos y la libre circulación de nuestras fantasías eróticas, desde la pornografía dura hasta los orgasmos virtuales, pasando por los circuitos del ciberespacio.

Ballard ha demostrado que la ciencia-ficción y la literatura pornográfica, que no es otra cosa que la literatura erótica llevada a su nivel máximo de franqueza y honestidad, pueden ofrecer un vasto arsenal de imágenes para la exploración del mundo que habitamos. Debidamente apropiados y transformados con talento, inteligencia y sensibilidad, estos géneros nos permiten abordar las zonas turbias de la cultura contemporánea: desde el crimen y la violencia hasta las fantasías eróticas, y nuestras siempre turbias relaciones con la tecnología y los avances científicos.

El matrimonio entre erotismo y tecnología, la relación cada vez más evidente entre el cuerpo y la máquina, el deseo y la realidad virtual, la radical modificación de los sentidos por los avances tecnológicos son algunos de los temas que ha abordado Ballard en sus novelas, cuentos y ensayos.

En el universo de Ballard los principios éticos y morales de la creación literaria, sobre los cuales se erigían el arte y la cultura de Occidente, se han evaporado de manera radical, dando paso a principios experimentales. A través de su obra, siempre estimulante e imaginativa, plena de aventura y pasión, J.G. Ballard nos lleva a explorar esos territorios-límite donde se llevan a cabo los rituales fascinantes de lo inhumano y sus manifestaciones. ■